

**JUEVES SANTO. HOMILIA DE MONS RAFAEL ZORNOZA
EN LA MISA DE LA CENA DEL SEÑOR 2023
Catedral de Cádiz**

Queridos hermanos:

Revivamos hoy la Última Cena del Señor. Vayamos con los apóstoles al Cenáculo, con todo preparado, para escuchar las confidencias de Jesús y recibir sus dones. Jesús se ha puesto a nuestros pies, como un esclavo que sirve humildemente, y nos ha dado su Cuerpo y su Sangre. Participemos ahora con gran realismo en aquella Última Cena –la primera Misa— *“en la que el Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado, amando hasta el extremo a los suyos que estaban en el mundo, ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y vino, y lo entregó a los apóstoles para que lo tomaran, ordenándoles a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio que lo ofrecieran”* (Ceremonial de los obispos n. 297).

Celebramos con infinita gratitud que Jesús instituye aquí la Eucaristía y el Orden Sacerdotal, y proclama el mandamiento del amor.

“Cuando llegó la hora, (Jesús) se puso a la mesa y los apóstoles con Él. Y les dijo: ‘Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer’” (Lc 22, 14). Este amor ardiente, fogoso hasta querer dar la vida para salvarnos, nos habla del deseo de Jesús de permanecer unido a nosotros para siempre, de un anhelo de comunión que nos descubre un amor excesivo, ilimitado, superior a los afectos concretos a los que estamos acostumbrados. *“Después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo”*. Porque Jesús nos ofrece una amistad insólita, sin límites, sin frenos ni barreras, *“hasta el extremo”*. ¿Cuál ha de ser nuestra preocupación? Tan solo corresponder a su amor.

Jesús nos sorprende en la Cena cuando se despoja de su esplendor divino, se arrodilla, por decirlo así, ante nosotros, lava y enjuga nuestros pies sucios para hacernos dignos de participar en el banquete nupcial de Dios. El gesto de lavar los pies expresa precisamente esto: que el amor servicial de Jesús es lo que nos saca de nuestra soberbia y nos hace capaces de Dios, nos hace «puros». Nos purifica su amor, el don de su sangre derramada, que nos hace estar en su presencia y en su Cuerpo. Aprendamos, pues, aprisa, la lección de Pedro, que pretendía ir por su cuenta, pero tuvo que aprender a seguir al Señor que nos precede en la entrega, que nos da la salvación, que va por delante. No se responde de cualquier forma a Jesús: primero hay que acoger su gracia y su redención, y, llenos de su amor, hacer su voluntad, para que el obrar de Jesús se convierta en el nuestro, porque es Él mismo quien ha de actuar en nosotros.

El mandato del Señor sobre la caridad fraterna es el mandamiento siempre nuevo, porque nunca envejece, porque sólo podemos vivirlo como el amor del Hijo que subsiste en nosotros por el Espíritu: “En una palabra, quedan estas tres: la fe, la

esperanza y el amor. La más grande es el amor" –dice San Pablo (1Cor 13,13) --. Toda la vida cristiana responde a esta llamada de amor, a su provocación de amistad, a su invitación a la entrega y al servicio humilde. En estas palabras "amad como yo os he amado" lo esencial no es precisamente tanto la llamada a una exigencia suprema, sino a poner un nuevo fundamento a nuestra vida. La novedad solamente puede venir del don de la comunión con Cristo, del vivir en Él. Porque ser cristiano es un don que nos dinamiza para poner en práctica el amor de Dios. Jesús abre nuestro corazón a los pobres y a las necesidades ajenas y aprendemos a compartir, como nos recuerda Cáritas celebrando hoy el Día del Amor Fraterno.

Cada vez que comemos la Eucaristía recibimos la "*comunión*", entramos misteriosamente en esa unión y comunicación de amor con Jesús, con Dios y con la Iglesia, con los hermanos con los que formamos en Él un solo cuerpo. La Iglesia no puede vivir sin la Eucaristía. En ella nos ha dejado la prenda de su amor, el memorial de su muerte y resurrección; en ella se hace posible el milagro de la unidad, la comunión fraterna, la acogida. Que nunca perdamos el estupor ante la grandeza de lo que recibimos, la sorpresa ante un afecto divino que nos envuelve y transforma, ante una unión que nos compromete porque es fruto de una entrega hasta la muerte que nos impulsa a amar al prójimo. Jesús, que se entrega en la cruz, no sólo nos da ejemplo, sino que se hace alimento. Quien lo tome tendrá su fuerza para no desfallecer, para crecer con Él y como Él, para imitarle a Él y actuar como Él.

En la Última Cena, Jesús inicia una comunidad íntimamente unida a Él, tanto como su propio cuerpo, para responder a su amor y llevarlo al mundo entero. Para no alejarse de nosotros y dejarnos participar en su Pascua, ordenó a los apóstoles celebrar siempre la Eucaristía haciéndoles sacerdotes del Nuevo Testamento. Allí nos regaló el Sacramento del Orden y constituyó a los Apóstoles ministros de la salvación, de modo que el ministerio sacerdotal estuviese al servicio de los fieles, del sacerdocio común, para que puedan vivir y crecer todos. Cristo, Sacerdote Eterno, deja su presencia sacramental en los apóstoles y sus sucesores, y en sus colaboradores los presbíteros, con la misión de hacerle presente en la Eucaristía, con poder de perdonar los pecados en su nombre. Oremos por los sacerdotes, tan necesarios, y por las vocaciones sacerdotales. En la persona del sacerdote, por el sacramento del orden, el Señor sigue presente entre nosotros sacramentalmente, como pastor bueno que cuida a su Iglesia y que congrega en la unidad y en la caridad a los suyos mediante el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos.

Demos gracias a Dios por su amor infinito con nosotros y renovemos nuestro deseo de vivir en comunión con Él en la Iglesia, participando con profundo respeto en la Eucaristía. Esta es escuela de caridad, fuente inagotable de vida, de alabanza y de acción de gracias, que nos introduce en la celebración celestial de las Bodas del Cordero, donde nos invita el Señor al gozo eterno. Este es precisamente el significado de la Eucaristía. La muerte no es su fin, sino su comienzo. La Eucaristía

comienza en la muerte, como enseña San Pablo: «Cuántas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga» (1 Cor 11, 26). Pero la muerte ha llegado a ser principio de la nueva venida: de la resurrección a la parusía, «*hasta que Él venga*». Pidámosle que nos conceda a todos la gracia de poder ser un día, para siempre, huéspedes del banquete nupcial eterno.

Anclados en el amor redentor del Señor sintamos como nuestro el dolor de los que sufren en Ucrania y en otras guerras, el de los perseguidos por su fe, el de los que pasan hambre, los emigrantes o refugiados. Que nuestra respuesta a Dios tenga esas tres dimensiones que tuvo el amor de Jesús: ser ardiente, total en la entrega y apasionado hasta que duela, hasta la donación de la Cruz. Y, por supuesto, con deseo de perpetuidad, con el “para siempre” de los enamorados que Jesús lo quiso al pedir a los apóstoles: “*Haced esto en memoria mía*”. AMEN.

.....

Hermanos: La celebración de hoy se prolonga en la adoración y en el servicio. Cristo en la Eucaristía, el sacramento del Amor queda manifiesto en el monumento para nuestra adoración amorosa y agradecida. Con la adoración eucarística, recordamos la agonía del Señor en el huerto de Getsemaní, pues, al salir del Cenáculo, Jesús se retiró a orar, solo, en presencia del Padre. Oremos, pues, y adoremos acompañando al que por amor infinito dio la vida por nosotros y permanece a nuestro lado como alimento, refugio y compañía.

Con esta liturgia entramos en la celebración unitaria del Triduo Pascual cuyo canto final de Gloria ha resonado hoy anticipando la victoria definitiva de Cristo.